

tida formidable para ir á combatir con los *suids* ó *señores de las selvas*.

La algazara y movimiento eran generales. Unos recitaban plegarias ó cantaban himnos, y otros saltaban ó brincaban alrededor de los caballos. Una comitiva árabe que va á cazar el león deja el aire reservado y serio, propio de la gravedad musulmana, para que los extranjeros no lo atribuyan á cobardía.

Largo sería referir las peripecias de la caza, pero, al fin y á la postre, parecidas á las anteriores narraciones.

Los leones y los cachorros fueron acorralados y muertos al fin, librando á la comarca de tan feroces enemigos.

Cumplimos mi compañero y yo como buenos. Quizás influyó no poco en ello el pundonor que todo europeo desea conservar ante los árabes, y que hace maravillas.

A punto estuve de ser víctima de una de las caricias del león, que mató á mi caballo de pura sangre, y retrocediendo pude salvarme buscando refugio tras una robusta y vigorosa encina. Hiné al suelo la rodilla, y esperé, apoyando el fusil en la espalda y el dedo en el gatillo, que se lanzara sobre mí la fiera.

El león dió un terrible salto en dirección al sitio donde yo me hallaba; y, gracias al tiro certeramente dirigido, dejé fuera de combate á mi enemigo.

Mis compañeros, que llegaron á toda prisa en mi auxilio, remataron á la fiera, que yacía en el suelo lanzando terribles rugidos. Mi bala había penetrado en el corazón del felino.»

Largo, muy largo, es el camino que tenemos que emprender en el vasto campo venatorio. Así es que pondremos fin á este capítulo dando algunos consejos á los cazadores que sientan en su pecho aliento y fuerzas para luchar con el león.

«Si sois cazador,—dice Gérard,—y anheláis cazar el león, os pregunto: ¿sois joven y vigoroso? ¿tenéis buen jarrete, buen pie y buen ojo? Esto os basta, porque reunís las condiciones físicas indispensables para cazar aquella feroz alimaña. Si profesáis amor hacia lo bello y tenéis una voluntad de hierro, estáis adornado de valiosas prendas morales para arriesgadas empresas venatorias.

Si no moráis en París,—añade Gérard,—enviad á buscar á Devisme una carabina de dos tiros que reúna tres condiciones indispensables: solidez, precisión y penetración. Ejercitaos con aquella arma; y, cuando á treinta pasos alojéis dos balas seguidas en un mismo sitio, marcad la carabina por buena. Añadid una pistola

á vuestro armamento, y cargad ambas con balas cónicas con puntas de acero.

Id provisto de dos trajes: uno para invierno, bien *confortable*, como dicen los ingleses, y otro para el verano, ligero, pero asaz resistente para no desgarrarse al contacto con los abrojos y espinas, que abundan en los bosques.

Embarcaos en Philippeville, y enderezad vuestros pasos hacia Constantina. La mejor época para tales expediciones es el mes de Abril. No caceis en invierno, pues el haber olvidado este consejo me ha envejecido treinta años.

Presentaos al primer *bureau* árabe; y allí, no sólo hallaréis noticias venatorias de interés, sino permisos y recomendaciones para recorrer las tribus de la subdivisión, y ponerlos en relación con los principales jefes.

No olvidéis el hacer provisiones; pero si sois sobrio, lo que es una buena cualidad para lograr el éxito, llevad sólo café y tabaco. No abuséis del vino y del licor, pues os desprestigiariáis á los ojos de los árabes, y por otro lado el agua de la montaña es tan clara y tan buena que no tardaréis en menospreciar el vino.

El cazador europeo que ha entrado con buen pie de relaciones con los árabes tiene ahorrado la mitad del camino. Fácil os será entonces saber el escondrijo ó guarida del león, los senderos que suele seguir cuando abandona el bosque para descender á la llanura, el manantial ó riachuelo donde el felino acostumbra á beber y si pasa un vado ó algún desfiladero.

Informaos, sobre todo, de si el león ruge, si está solo ó va acompañado, si deja verse durante el día; pero, para mayor seguridad, haceos acompañar por un buen guía árabe, y estudiad las huellas.

Si el terreno es seco, no sosegáis el pie hasta hallar alguno húmedo en que esté impresa la pisada del león. Colocad vuestra mano, abierta, sobre la huella; y si la señal de las garras del felino es menor que la palma de vuestra mano el león es adulto y macho; pero, si con ella cubris las trazas, es seguro que es un leona ó un cachorro.

Pero, como no siempre es posible encontrar huellas de pisadas, procurad hallar excrementos. Si los halláis gruesos como el puño, pertenecen á un león macho y adulto.

Esperad que la Luna alumbré el teatro de las cacerías. Cazar, en noche oscura y lóbrega, el león, es una locura que ha podido costarme cara muchas veces.

Recorred los senderos que comunican con los aduares visitados por el león; marchad dulce y pausada-

mente, haciendo frecuentes altos. Si oís un grito ronco, que algunos europeos atribuyen á la hiena y es del chacal, acercaos hacia aquel lado: el león no está lejos.

El chacal sigue al huésped de las selvas para saborear los restos del festín.

Cuando estéis ante el felino, apuntadle entre el ojo y la oreja si el animal os mira de lado, y entre los dos ojos si os mira de frente.»

Bombonel da algunos tajos y mandobles á lo que llama escuela romántica de Gérard, y vulgariza quizá demasiado al león.

«El león,—dice Bombonel,—es un animal fino y ducho, y conoce el peligro que ofrece ponerse ante el cazador.

El león,—añade,—huye al primer disparo, sea grave ó ligera la herida que recibe, mientras no le impida huir. Herido, huye rugiendo. Cuando el tiro ha fallado, escapa sin ruido.

En la caza del león, el medio más propicio para ser afortunado, es derrochar en los cebos, ó sea poner, en los sitios por donde vagan los leones, caballos, mulas ó bueyes.

El primer animal muerto por el león señala el sitio donde el cazador debe ponerse bien oculto en acecho. El *aguardo* ha de durar hasta ocho días; pues es más fácil matar el león la tercera y cuarta noche que la primera y segunda. El verdadero peligro de la caza del león,—dice Bombonel,—hélo aquí: cuando seguis durante el día un león que habéis cazado la noche anterior, el felino, al veros, se trueca en cazador y el peligro es grave.»

El león, como todos las feroces alimañas, es descon-

fiado, fino y ducho; y el cazador, para vencer, necesita destreza y paciencia.

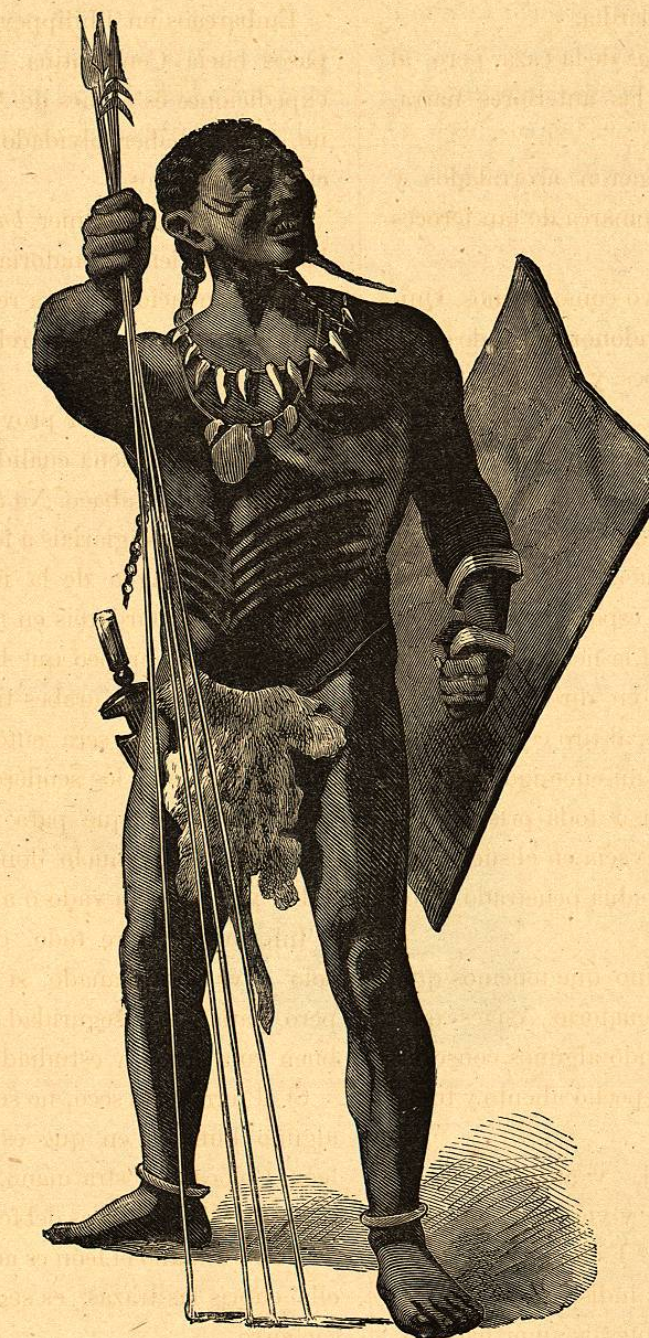
Las armas perfeccionadas de percusión y bala explosiva, de que nos ocuparemos extensamente en el capítulo dedicado á las armas, son la principal égida del cazador.

La civilización, penetrando en todo el territorio argelino, á la par que aleja á los leones, proporciona abundosos medios al europeo, de que carecía el célebre cazador de leones Gérard.

Pero, de todas suertes, podemos adelantar que las armas más en boga entre los cazadores de leones, en África son: El fusil doble, tirando con el cañón derecho de calibre de 12 á 16 el plomo, y por el cañón izquierdo, que es rayado por la fórmula Henry, el cartucho del fusil núm. 2: este núm. 2 es de calibre 450 (11 mill. 25). El Martini sencillo es también muy usado en la caza mayor africana. Otros optan por la carabina Express, calibre 500 (12 mill. 50), con balla llena y dura. El fusil Westley Richards no merece la estima que el Martini-Henry ó Field. Muchos cazadores, que sólo persiguen en África la gran caza, prefieren un fusil de calibre 8, sencillo, de peso 12 libras (5 k. 43), que tiene poco peso con relación á su calibre.

Un armamento perfecto para cazar el león debe componerse de dos carabinas dobles de calibre 8, y de dos fusiles dobles de calibre 8, y dispuestos de suerte que carguen 17 gramos 70 de pólvora.

En una expedición tan penosa, la mejor manera de llevar el fusil es la adoptada por los *boers*; esto es, den-



Indígena africano

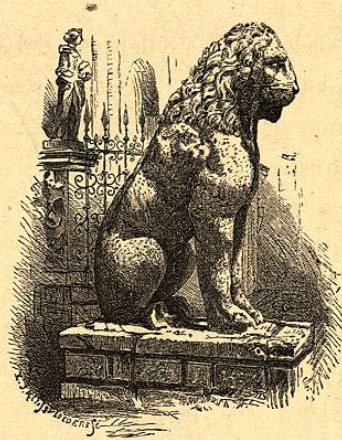
tro de un estuche de cuero bastante holgado, para que abrigue la culata y cubra los gatillos, y colgada por medio de correas en el arzón de la silla del caballo, delante de la pierna derecha del jinete, de suerte que el cazador pueda usarla con desembarazo.

Los que han viajado por el África central, poblada de tribus salvajes, aconsejan que el cazador debe ir provisto de brillantes baratijas, para seducir á los indígenas y trocarlos, de enemigos, en preciosos auxiliares.

Los cazadores han de llevar tiendas ligerísimas de campaña, artificiosamente dispuestas para lenizar, en lo posible, las pesadumbres y cuidados de las peligrosas travesías en el suelo africano.

El traje que debe usar el cazador en África ha de ser de un color neutro é indefinido: de tela fuerte pero delgada (*moleksine*). También aconsejamos al discípulo de San Huberto que use sólo impermeables de *calicot*, pues es insigne locura usar telas en que entre el *caoutchouc*.

El cazador debe cubrir su cabeza con el casco de tela poroso, y la nuca con el pañuelo que agita el movimiento del camino. No huelgan tampoco las sombrillas de tela doble y ballenas resistentes, que han de abrigar al cazador, durante el día, de los ardorosos rayos del Sol.



A narración de la caza del león no sería completa si no dedicáramos algunos párrafos al del África austral, al león con *hocico de perro*, que difiere notablemente del de Argel.

Livingstone, con pintorescas frases, hace el retrato del león del África austral: «Si, despojado de preocupaciones, os halláis frente á frente de aquel león, veréis sencillamente á un animal un poco más vigoroso que el mayor dogo, y cuya fisonomía tiene gran semejanza con algunos ejemplares de la raza canina. La cara del león no se parece, por cierto, á la que suele reproducir el grabado; su nariz se prolonga á guisa del hocico de un perro; y los artistas que dibujan, pintan ó esculpen el león deberían inspirarse mejor, estudiando la naturaleza en los jardines zoológicos.»

Pero, diga lo que quiera Livingstone, el león del África austral, no es tan pacífico y despreciable como supone.

Uno de los datos venatorios más interesantes acerca

Tomo II.—Caza mayor y menor

CAPITULO VI

LA CAZA DEL LEÓN EN EL ÁFRICA AUSTRAL

I

del león del África austral es su abundancia en algunas comarcas.

Dice Le Vaillant que por todos lados oía los estruendosos rugidos de los animales feroces, sobre todo de los leones. «Muchos felinos rodaron, durante la noche, por el campo, llenando de pavor á mis gentes y animales. Ni el fulgor de nuestras hogueras, ni el estrépito de los disparos, lograron poner á los leones en fuga, y contestaron con desusado furor á los rugidos de los otros animales feroces que vagaban por los contornos, como llamándolos para que tomaran parte en el ataque y en la carnicería.»

Moffat refiere que, en una expedición por las comarcas habitadas por los *barolongs*, una noche hizo alto á orillas de un estanque. Alumbraron fuegos, y acomodaron el ganado, subiendo los viajeros á un carromato de viaje, anhelosos de entregarse al descanso. Breves minutos después, sonaron ruidos extraños, que indicaban el terror de los buyes ante un grave peligro. Era que un león había cogido á una ternera que andaba suelta, arrastrándola unos sesenta metros, y se oían el crujir de los huesos del pobre animal y sus gritos lastimeros. Llegó la audacia del león al punto de acercarse á los vagones; y los tizones encendidos que le echaron los indígenas no hicieron más que redoblar su furor; y se lanzaba sobre ellos cuando una